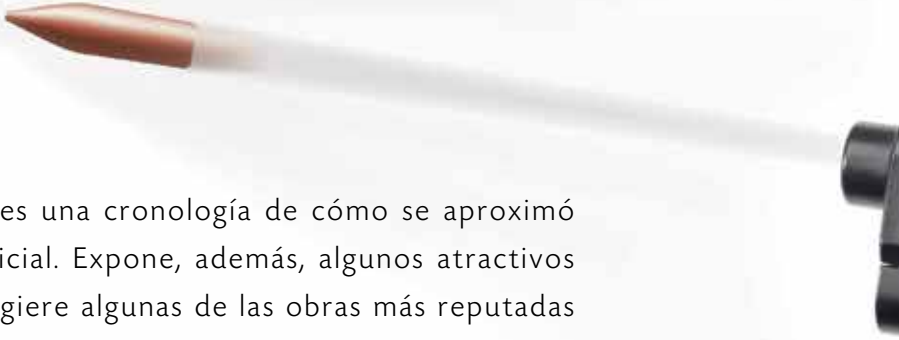




El placer de leer narrativa policiaca



La presente colaboración es una cronología de cómo se aproximó el autor a la narrativa policial. Expone, además, algunos atractivos que encuentra en ella y sugiere algunas de las obras más reputadas y útiles para acercarse al género.

El hermoso cuento “El caballo de coral”, del cubano Onelio Jorge Cardoso, dice que el hombre siempre tiene dos hambres: la de bienes materiales y la de alimentos intelectuales. Desgraciadamente, muchos se hartan de cosas que se miden y se pesan, pero están anémicos de los bienes culturales que entrañan un conocimiento del mundo, de las cosas y de los seres humanos. No procuran un alimento que regala placer intelectual.

Las campañas gubernamentales que ordenan leer una cantidad de minutos diarios están destinadas al fracaso porque ponen el mensaje en boca de cantantes y actores que todo mundo sabe que no leen ni en defensa propia. Si se manejara la lectura como una fuente de placer, otro gallo podría cantar para los mexicanos.

El placer de leer lo tengo sobradamente comprobado, pero además debo decir que me he ganado la vida enseñando a leer (sin metáfora, porque fui profesor de educación primaria), fomentando la lectura e impartiendo cursos especializados de lecturas mexicanas y latinoamericanas.

Leer textos policíacos se convirtió para mí en una verdadera aventura detectivesca y pude comprobar cuánta razón hay en el adagio “el autor no elige sus temas; son los temas quienes lo eligen a él”. Quizá pudiera hablar de destino si consentimos, con el poeta español José María Álvarez, que “el azar es una oscura servidumbre”. O si suscribimos la frase de Borges: “Y todo encuentro casual era una cita.”

Empecé a escribir reseñas de libros en 1979, en la revista *Tiempo*. Compraba para reseñar los libros que eran de mi interés, pero también, con el pretexto de la colaboración semanal, iba llenando los huecos que ostentaba al terminar una licenciatura en Letras Hispánicas. Y un buen día, en unos almacenes que vendían ropa, aparecieron unas mesas colmadas con los saldos de las novelas policíacas que había publicado la editorial Bruguera en España.

Entusiasmado por sus cuartas de forros, que en aquellos tiempos eran confiables y no los mentideros en que hoy las tienen convertidas las editoriales comerciales, leí novelas de Dashiell Hammett, Raymond Chandler, Chester Himes, Jim Thompson, Horace McCoy, Leonardo Sciascia, Giorgio Scerbanenco y Boris Vian, entre las que recuerdo. Ignoraba que las mesas de Almacenes García me habían regalado (sin metáfora, porque eran libros baratísimos) el conocimiento de los clásicos del género policial en sus dos vertientes: la de enigma y la negra. Tampoco sabía en





aquel momento que la segunda es el relato detectivesco que pone el acento en las condiciones sociales.

Para la década de 1980 ya era cliente frecuente de las librerías de viejo desperdigadas por Avenida Hidalgo, Donceles, San Juan de Letrán (todavía no se llamaba Eje Central) y Santa María la Redonda, a un costado de la plaza de Garibaldi. Junto a un teatro de burlesque había un galerón con saldos de Tor, Siglo Veintiuno y El Séptimo Círculo, que hacía Borges con sus amigos y también con su señora madre, quien tradujo varios libros para la colección. Milagrosamente llegaron también los libros del Centro Editor de América Latina, con sus beneméritas antologías.

Me sucedió lo que al burro que tocó la flauta, porque de la noche a la mañana me vi dueño del saber de

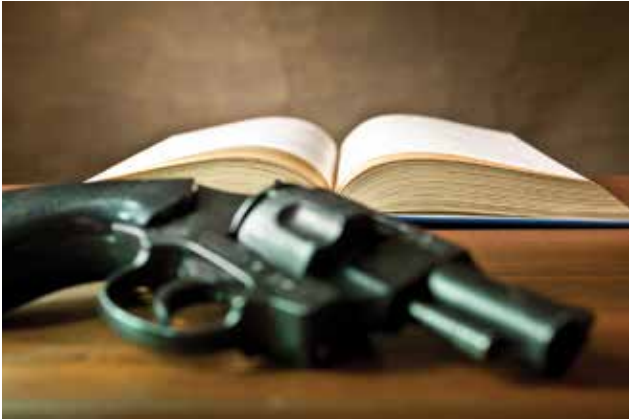
los clásicos del género: desde los narradores de puro enigma tipo Conan Doyle y Agatha Christie, hasta los duros estadounidenses, y algunos destacados autores sudamericanos como Borges, Bioy Casares, Victoria Ocampo, Enrique Amorim y Adolfo Pérez Zelaschi. Leí de todo, incluso a Georges Simenon, porque estaba encandilado por el enigma de los primeros y la calidad de la prosa de los segundos, con sus diálogos relampagueantes y el fasto social que prodigaban los estadounidenses.

En aquella época no advertía la diferencia que los manuales hacían entre literatura de enigma y novela negra, pero no me importaba porque yo ya había elegido la literatura detectivesca dura, de planteamiento social y artístico, porque el relato de enigma ajedrecístico me parecía limitado. La novela negra era más que un relato de enigma, porque entregaba las historias de seres patibularios y apabullados por la vida. Tiempo después, cotejando fechas de publicación, descubrí que el relato de enigma no había evolucionado hasta ser novela negra, como algunos decían, sino que los dos tipos de novela habían sido contemporáneos y cada uno había encontrado su público lector.

Vino después un momento de exquisitez cuando empecé a leer, en las bellas ediciones de Alianza Editorial, a los autores que yo ya conocía. Y se dio el encontronazo con las famosas antologías de Borges y Bioy Casares, junto con los casos de don Isidro Parodi, que Borges y Bioy firmaron con el seudónimo de Honorio Bustos Domecq. Hoy mi afición por este tipo de obras ha seguido un proceso inverso, porque atesoro las ediciones rústicas que voy encontrando de libros que se publicaron hace muchos años en México, España, Chile y Argentina. Gracias a la lectura de la novela negra italiana y estadounidense nunca pude suscribir la estrambótica declaración de Ricardo Garibay, quien definió la novela policiaca como una adivinanza para idiotas que dura 200 páginas. Y esto fue todavía menos posible después de haber leído los ensayos sobre el género que escribieron autores tan admirados como Alfonso Reyes y Somerset Maugham.

Pues bien, mis hallazgos de los clásicos del enigma y del relato duro fueron muy gratos por las piruetas intelectuales de los primeros y el exotismo de algunas obras de Christie; pero me anclé en Hammett, Chandler y





compañía porque topé con libros que no conocían los tiempos muertos y mostraban una sociedad corrupta, ajena al jardín ordenado con que siempre había visto aludida la sociedad estadounidense. Además, la violencia racial que señorea el mundo negro quedaba expuesta con brutalidad y engendraba personajes complejos pero sumamente atractivos. El realismo, aunado a la denuncia social que yo había conocido en la literatura latinoamericana, aquí daba un vuelco y se volvía agresivo, relampagueante, más eficaz que la exposición de taras que yo había visto en nuestras letras.

Como tarde o temprano tenía que suceder, de la mano de Borges y Bioy Casares me pregunté cómo se había cultivado el género en América Latina en general, y en México en particular. Y la respuesta la encontré en otra librería de viejo, en la calle de Humboldt, en otro galerón que desapareció después de haberme regalado un libro de Donald Alfred Yates: *El cuento policial latinoamericano*. Era un libro que publicó don Pedro Frank de Andrea en sus famosas antologías. Allí surgió otra historia que ya he contado en un artículo llamado “Guardián de cementerios”, que publicó la poblana revista *Crítica* y que se encuentra fácilmente en Internet.

Concluyo: la narrativa policiaca me dio el placer de leer historias enigmáticas, de virtuosismo intelectual, de denuncia social y de exotismo. El suspenso, que nutre esta narrativa, es un atractivo para quien gusta de este platillo, que hoy anda maridado con un tipo de narración que es fruto de nuestro tiempo y de la desvergüenza de los políticos mexicanos que no tienen

dignidad y acatan servilmente todo lo que ordenan el imperio y las transnacionales: el narcorrelato. Éste, en obras de calidad como *La doble vida de Jesús* (2014) de Enrique Serna, o las diversas novelas de Bernardo Fernández, tiene la virtud adicional de mostrar cómo se tejen las relaciones sanguíneas entre traficantes, políticos y autoridades de la más diversa índole.

Vicente Francisco Torres es licenciado, maestro y doctor en Letras por la Universidad Nacional Autónoma de México, y profesor investigador en la Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores desde 1998. El periodismo cultural es una tarea paralela a su trabajo docente. Entre sus libros están: *El cuento policial mexicano* (1982), *Muertos de papel* (2003), *El que la hace... ¿la paga?* (2006) y *Yo no olvido al año viejo* (1998).
vftm@correo.azc.uam.mx

Lecturas recomendadas

- Bernal, Rafael (1969), *El complot mongol*, México, Joaquín Mortiz (Novelistas Contemporáneos).
- Coma, Javier (2001), *La novela negra*, Barcelona, El Viejo Topo.
- Hoveyda, Fereydoun (1967), *Historia de la novela policiaca*, traducción de Monique Acheroff, Madrid, Alianza Editorial (El Libro de Bolsillo).
- Leñero, Vicente (1971), *Los albañiles*, 5a. ed., Barcelona, Seix Barral (Biblioteca Breve).
- Leñero, Vicente (1976), *El que la hace la paga. Ocho detectives célebres*, México, Pepsa Editores.
- Quincey, Thomas de (1975), *Del asesinato considerado como una de las bellas artes, Las confesiones y otros textos*, traducción de Luis Loayza, Barcelona, Barral Editores (Biblioteca de Rescate).
- Rodríguez, Juan José (1996), *Asesinato en una lavandería china*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Fondo Editorial Tierra Adentro).
- Serna, Enrique (1995), *El miedo a los animales*, México, Joaquín Mortiz (Narradores Contemporáneos).
- Taibo II, Paco Ignacio (1981), *No habrá final feliz*, México, Lásser Press Mexicana.
- Usigli, Rodolfo (1980), *Ensayo de un crimen*, México, V Siglos (Terra Nostra).